



Por el autor de *JUEGO DE TRONOS*

**GEORGE R.R.
MARTIN**

**EL DRAGÓN
DE HIELO**

Ilustraciones de VERÓNICA CASAS

Todos en la aldea coinciden: Adara es una niña rara, una niña del invierno. Nació la peor helada que se recuerda y el frío se quedó para siempre con ella. Es fácil verla pasear sola por los campos helados o construir imaginarios castillos de arena y hielo. Nadie lo sabe, pero espera, impaciente, la visita del dragón de hielo. Adara no puede entender por qué todos le temen tanto si para ella es su mejor compañero de juegos. Con él se olvida de que el eterno enemigo del norte se acerca peligrosamente a la aldea y lo mejor sería huir a las tierras cálidas del sur...

A Phipps,
a quien se le ocurrió primero,
con todo mi amor

CAPÍTULO 1

NIÑA DEL INVIERNO





A

Adara le gustaba el invierno por encima de todas las cosas, pues cuando el mundo se enfriaba llegaba el dragón de hielo.

No estaba segura de si era el frío el que llevaba al dragón de hielo o si era el dragón de hielo el que llevaba el frío. Era el tipo de pregunta que solía preocupar a su hermano Geoff, que era dos años mayor que ella y tenía una curiosidad insaciable, pero a Adara le daban igual esas cosas. Mientras el frío, la nieve y el dragón de hielo llegaran según lo previsto, era feliz.

Siempre sabía cuándo tenían que llegar gracias a su cumpleaños. Adara era una niña del invierno; había nacido durante la peor helada que todos recordaban, incluso Laura la Vieja, que vivía en la granja de al lado y se acordaba de cosas que habían pasado antes de que los demás nacieran. La gente todavía hablaba de aquella helada. Adara les oía a menudo.

También hablaban de otras cosas. Decían que había sido el frío de esa terrible helada lo que había matado a su madre, deslizándose a través de la gran lumbre que su padre había encendido durante su larga noche de parto, y colándose bajo las mantas que cubrían su lecho. Y decían que el frío había entrado dentro de Adara cuando estaba en el vientre, que cuando había venido al mundo tenía la piel

azul claro y helada al tacto, y que desde entonces no había entrado en calor. El invierno la había tocado, le había dejado su marca y la había hecho suya.

Era cierto que Adara siempre estaba sola. Era una niña muy seria a la que rara vez le apetecía jugar con los demás. Era preciosa, decía la gente, pero su belleza era extraña y distante, con su piel pálida, su cabello rubio y sus grandes ojos azules. Sonreía, pero no muy a menudo. Nadie la había visto llorar. Cuando tenía cinco años, había pisado el clavo de un tablón escondido bajo un montón de nieve que le había atravesado el pie, pero ni siquiera entonces había llorado o gritado. Había sacado el pie y había vuelto andando a casa, dejando un reguero de sangre en la nieve, y al llegar simplemente había dicho:

—Padre, me he hecho daño.

Los berrinches y los arrebatos de los niños normales no eran para ella.

Hasta su familia sabía que Adara era diferente. Su padre era un hombre grande y rudo como un oso que apenas necesitaba a la gente, pero siempre se dibujaba una sonrisa en su rostro cuando Geoff lo acribillaba a preguntas, y siempre tenía abrazos y risas para Teri, la hermana mayor de Adara, que era rubia y pecosa, y coqueteaba descaradamente con todos los chicos de la zona. De vez en cuando también abrazaba a Adara, pero sólo durante los largos inviernos. Sin embargo, en esas ocasiones no sonreía. Se limitaba a rodearla con los brazos y apretaba su cuerpecito contra él con todas sus fuerzas, lloraba desde lo más profundo de su pecho y derramaba grandes lágrimas por sus mejillas coloradas. Nunca la abrazaba durante el verano. Durante el verano estaba demasiado ocupado.

Todo el mundo estaba ocupado durante el verano menos Adara. Geoff trabajaba con su padre en el campo y le hacía continuas preguntas sobre esto y aquello, aprendiendo todo lo que un granjero tenía que saber. Cuando no estaba trabajando corría con sus amigos al río y buscaba

aventuras. Teri llevaba la casa y cocinaba, y a veces trabajaba en la taberna que había junto al cruce de caminos durante la estación de mayor actividad. La hija del tabernero era amiga suya, y su hijo pequeño era algo más que un amigo para ella, y siempre volvía riéndose como una tonta y contando los chismes que había oído a los viajeros, los soldados y los mensajeros del rey. Para Teri y Geoff, los veranos eran la mejor época del año, y los dos estaban demasiado ocupados para hacer caso a Adara.



Su padre era el más ocupado de todos. Todos los días había que hacer mil cosas, y él las hacía y encontraba otras mil más por hacer. Trabajaba de sol a sol. Sus músculos se endurecían y se marcaban en verano, y todas las noches cuando volvía del campo apestaba a sudor, pero siempre llegaba sonriendo. Después de cenar se sentaba con Geoff y le contaba cuentos o respondía a sus preguntas, o le enseñaba a Teri cosas que ella no sabía sobre la cocina, o se acercaba a la taberna. Ciertamente era un entusiasta del verano.

Nunca bebía en verano, salvo un vaso de vino de vez en cuando para celebrar las visitas de su hermano.

Ese era otro motivo por el que a Teri y a Geoff les gustaba el verano, cuando el mundo era verde y cálido y rebosaba vida. Su tío Hal, el hermano pequeño de su padre, sólo venía de visita en verano. Hal era un jinete de dragones al servicio del rey, un hombre alto y esbelto con cara de noble. Los dragones no soportaban el frío, de modo que cuando llegaba el invierno Hal y su ala volaban al sur. Pero cada verano volvía, radiante con el uniforme verde y dora-

do del rey, rumbo a los campos de batalla del norte y el oeste. La guerra había durado toda la vida de Adara.

Cada vez que Hal iba al norte, traía regalos; juguetes de la ciudad del rey, joyas de cristal y de oro, caramelos y una botella de vino caro que él y su hermano compartían. Sonreía a Teri y la hacía ruborizar con sus cumplidos, y entretenía a Geoff con sus historias de batallas, castillos y dragones. En cuanto a Adara, a menudo intentaba sacarle una sonrisa con regalos, bromas y abrazos. Casi nunca lo conseguía.

A pesar de su buen carácter, a Adara no le gustaba Hal; cuando Hal estaba en casa significaba que el invierno estaba lejos.

Además, cuando sólo tenía cuatro años, una noche los había oído hablando mientras bebían vino creyendo que ella llevaba mucho rato dormida.

—Es una criatura muy seria —dijo Hal—. Deberías ser más cariñoso con ella, John. No puedes culparla de lo que pasó.

—Ah, ¿no? —contestó su padre, con la voz pastosa del vino—. No, supongo que no. Pero me cuesta. Se parece a Beth, pero no tiene ni una pizca del calor de Beth. Lleva el invierno dentro, ¿sabes? Cada vez que la toco noto el frío y me acuerdo de que Beth murió por su culpa.

—Eres frío con ella. No la quieres como a los otros.

Adara recordaba cómo se había reído su padre entonces.

—¿Que no la quiero? No me digas eso, Hal. La he querido más que a nadie, mi niña del invierno. Pero ella nunca me ha correspondido. No siente nada por mí, ni por ti, ni por ninguno de nosotros. Es una niña fría.

Y entonces se había echado a llorar, aunque era verano y Hal estaba con él. Adara se quedó escuchando en la cama y deseó que Hal se marchara. Entonces no acabó de entender lo que había oído, pero no lo olvidó, y más adelante lo comprendería. No lloró; ni a los cuatro, cuando lo

oyó, ni a los seis, cuando por fin lo entendió. Hal se marchó unos días más tarde, y Geoff y Teri le dijeron adiós con la mano cuando su ala pasó por lo alto, treinta grandes dragones en orgullosa formación contra el cielo estival. Adara se quedó mirando con sus manitas a los lados.

CAPÍTULO 2



SECRETOS EN LA NIEVE





A dara tenía una provisión secreta de sonrisas, pero sólo las gastaba en invierno. Estaba deseando que llegara su cumpleaños, y con él el frío. Y es que en invierno era una niña especial.

Lo sabía desde que era muy pequeña y jugaba con los demás en la nieve. El frío nunca le había molestado como a Geoff, a Teri y a sus amigos. A menudo se quedaba sola fuera de casa durante horas después de que los demás se hubieran marchado en busca de calor, o de que se hubieran ido a casa de Laura la Vieja a comer la sopa de verdura caliente que le gustaba preparar a los niños. Adara buscaba un escondite en un rincón alejado de los campos, un lugar distinto cada invierno, y allí construía un alto castillo blanco, colocando la nieve con las manos descubiertas y dándole forma de torres y almenas como las que Hal solía describir cuando hablaba del castillo del rey en la ciudad. Arrancaba carámbanos de las ramas inferiores de los árboles y los usaba a modo de agujas, barrotes y garitas, repartiéndolos por todo el castillo. A menudo, en pleno invierno, todo se deshelaba por un breve espacio de tiempo y volvía a helarse de repente, y de la noche a la mañana su castillo de arena se convertía en hielo, duro y resistente como ella se imaginaba los castillos de verdad. A lo largo de todo el invierno ampliaba el castillo, y nadie se enteraba. Pero siempre llegaba la primavera, y con ella un deshielo al que no le se-

guía ninguna helada; entonces todas las murallas y los muros se derretían, y Adara empezaba a contar los días que faltaban para su cumpleaños.

Sus castillos invernales casi nunca estaban vacíos. Con la primera helada de cada año, las lagartijas de hielo salían de sus madrigueras, y los campos se llenaban de diminutas criaturas azules que corrían como flechas de un lado a otro, pasando por encima de la nieve sin que pareciera que la tocaban. Todos los niños jugaban con las lagartijas de hielo. Sin embargo, los demás eran torpes y crueles, y partían en dos a los frágiles animalitos, rompiéndolos entre sus dedos como podrían romper un carámbano colgado de un tejado. Incluso a Geoff, que era demasiado bueno para hacer algo semejante, a veces le picaba la curiosidad y sostenía las lagartijas demasiado tiempo mientras las examinaba, y el calor de sus manos las derretía y las quemaba hasta matarlas.

Las manos de Adara eran frías y suaves, y sostenía las lagartijas todo el tiempo que quería sin hacerles daño, lo que siempre empujaba a Geoff a hacer pucheros y preguntas airadas. A veces se tumbaba en la nieve fría y húmeda y dejaba que las lagartijas se arrastraran por encima de ella; disfrutaba con el suave roce de sus patas cuando le pasaban rozando por la cara. A veces llevaba lagartijas de hielo escondidas en el pelo mientras hacía sus tareas, aunque tenía mucho cuidado de no meterlas en casa, donde el calor de la lumbre las mataría. Siempre recogía las sobras cuando su familia acababa de comer, las llevaba al lugar secreto donde estaba construyendo su castillo y las esparcía allí. De modo que los castillos que construía estaban llenos de reyes y cortesanos todos los inviernos; pequeñas criaturas peludas que salían del bosque, pájaros invernales con el plumaje blanco y cientos y cientos de lagartijas de hielo que se retorcían y se movían con gran esfuerzo, frías, rápidas y gruesas. Adara prefería las lagartijas de hielo a cualquiera

de las mascotas que su familia había tenido a lo largo de los años.

Pero al que de verdad quería era al dragón de hielo.



No sabía cuándo había sido la primera vez que lo vio. Le parecía que siempre había formado parte de su vida,